

## La sonrisa del relojero

Tuve que irme a la cama para no flaquear. Aún sujetaba el cuchillo con la mano derecha; por el profundo corte del antebrazo izquierdo no brotaba la sangre. Ni una triste gota. Me había hecho el corte instantes antes, adrede. Me dolió terriblemente, pero lo que me hizo temblar las piernas fue comprobar que, como temía, no había sangrado. Tirado en la cama, recordé como había empezado todo aquella misma mañana. Fue con una sensación de vacío interior que lo abarcaba todo. Tenía la impresión de que mi caja torácica era un auditorio sin público ni artistas, un hogar de ecos pretéritos y futuros. Tras una mañana de ajetreo, reuniones, corbatas demasiado prietas y más correos electrónicos que tallos de hierba hay en la campiña irlandesa, caí en la cuenta de qué era lo que iba mal: mi corazón no latía.

Me tomé el pulso en la muñeca. Nada. Después en el cuello, poniendo los dedos índice y medio en la yugular. Nada. Finalmente, coloqué la palma de mi mano encima del corazón. Ni un latido. Estaba muerto, pero vivo. Seguía andando, pensando, teniendo miedo, pero mi corazón no bombeaba sangre. Primero temí haberme convertido en zombi, pero al ver pasar por delante de mi despacho al jefe que me esclavizaba no sentí ganas de comerme su cerebro sino de hacerle una peineta y no volver nunca más a la oficina, como cada día de mi vida. Aterrorizado, me fui a casa sin avisar a nadie, huyendo de la oficina como un niño de un dentista. Una vez allí, cogí el cuchillo, me corté y no sangré. Tras recuperarme en la cama del amago de mareo, decidí que debía ir a ver un médico.

En urgencias me atendieron con parsimonia, como si estuviera aquejado de un simple catarro. Tras hora y media en la sala de espera, en la que cada minuto se tornó en lustro, un médico me hizo pasar a su consulta. Le conté, desencajado por los nervios, que el corazón no me latía. Hizo una mueca y me auscultó con desgana. “Eso aquí no lo arreglamos, vaya al relojero de la calle de abajo”. No comprendí las palabras del médico, pero antes de poder preguntar ya me estaba acompañando a la salida de la consulta. En la calle, desconcertado, hice caso por inercia a las palabras del médico y fui a la relojería. Allí, en un local pequeño y oscuro, aguardaba un hombre mayor de pelo largo y blanco, como un alud, sentado en una mesa. Con un leve gesto de mano me indicó que me sentara frente a él.

El relojero se puso entonces unas gafas que tenían más de lupa que de gafas. Me miró el pecho detenidamente y luego los ojos, escudriñando cada rincón de mi alma. Mis piernas volvieron a flaquear. “A este corazón le falta cuerda”, dijo con una voz oxidada pero segura. Se levantó y me invitó a acompañarle hasta el mostrador, donde había un teléfono con más años que combinaciones numéricas posibles en su marcador. El relojero marcó un número, pero no se puso el aparato en la oreja; me lo cedió a mi para que yo lo hiciera. Cuando me llevé el teléfono al oído, respondió a la llamada una voz que identifiqué al acto. “Hola, mamá”, le dije yo.

Desde el otro lado del teléfono, la voz de mi madre estalló de alegría. Hacía varias semanas que no la llamaba. Me preguntó si el próximo domingo iría a comer a su casa o por el contrario seguía teniendo tanto trabajo que otra vez no podría ir a visitarla al pueblo. Callé unos segundos antes de responder que esta vez sí iría. Fue en ese momento cuando mi corazón empezó a latir de nuevo. El relojero sonrió.